

REVISTA DEL COLEGIO MAYOR DE NTRA. SRA. DEL ROSARIO

La responsabilidad de los ar-
tículos pertenece al autor.

Tarifa reducida en el servicio
postal interior. Lic. N.º 118.

RECTOR: D. D. J. V. CASTRO SILVA

REDACCION: EDUARDO CARRANZA - ADMINISTRACION: A. DELGADO PLAZA

Volumen XXXVII — Bogotá, Agosto y Septiembre de 1942. — Ncs. 363 y 364

Un orden revolucionario

Lo que ha triunfado en el continente europeo con las armas alemanas es una revolución ¡Palabra llena de prestigio interesado, espada de doble filo, que ahora recae sobre quienes creían haberla forjado para su uso exclusivo! Se nos ha catequizado tánto con la función creadora de las revoluciones... Aquí tenemos, en efecto, una nueva creación revolucionaria. Es parecida a las demás, a las antiguas y a las nuevas revoluciones; distinta, por supuesto, en sus dogmas y circunstancias, pero semejante en su esencia. Dejemos de lado los trastornos institucionales de forma, más o menos ocasionales, simplemente políticos, los golpes de Estado, sediciones, rebeliones, choques de partidos y de grupos gobernantes alrededor del ejercicio del poder. Pensemos en esos movimientos que llevan un contenido, que envuelven una concepción nueva de la vida social. La revolución nazi es uno de ellos, como fueron la revolución rusa, la revolución francesa, la revolución protestante, la revolución husita, la revolución albigense. Yo no diría la revolución cristiana, ni aun islámica. Estos movimientos religiosos trascienden el marco social, porque reforman directamente el mundo interior, expandiéndose desde allí al mundo entero.

Que el cristianismo envuelve una revolución que había de traer cambios sustanciales en la vida y en la orientación

social, es cosa indudable. Pero, en su esencia, el cristianismo no es una concepción de la vida social, sino de la vida personal, de la vida misma sin adjetivo. Lo característico del cristianismo es que coge al individuo y lo transforma, colocándolo directamente bajo la fe y el amor de Cristo. De esta revolución el mundo es como un espectador. El actor es la persona en su más profunda intimidad. Lo que llamamos revolución, son movimientos que pretenden orientar, no la vida personal, sino la vida social.

Estas revoluciones fueron siempre concepciones nuevas, prefiguraciones seductoras, en las cuales los hombres creyeron, a las cuales les otorgaron una fe cada vez más exclusiva y emotiva hasta el momento del estallido. La prefiguración revolucionaria tiene de específico, que nos aparece favorable a nuestra actividad, que parece darle a nuestra actividad un sentido. Por eso creemos en ella, la amamos y luchamos por ella. La nueva concepción aparece en su época como la condición de nuestra perfecta adaptación al mundo. Esta máquina del mundo, poco inteligente y no poco cruel, la prefiguración revolucionaria la transforma por medio de una operación imaginativa y emocional, que crea las reformas en el plano de la idea y les atribuye virtudes propias de justicia, progreso, pacificación y bienestar. El revolucionario se siente fortalecido y regenerado por su fe. Sus actos, servicios y sacrificios adquieren trascendencia, se colocan en un plano universal. Por pequeños e insignificantes que sean, están magnificados por esa concordia con la fe de tantos otros y, sobre todo, por esos resultados a él también debidos, si no por los pequeños trabajos de su vida, al menos por la disposición a la ofrenda, por el regalo de la muerte, sin el cual no hay revolución.

¿Cuál es el origen de un fenómeno de esta especie, que no se presenta todos los días, y ni siquiera es frecuente históricamente? Son las circunstancias, por una parte; y por otra, los rebeldes y su clientela. Estos existen siempre, como los microbios; y no aquéllas, a semejanza de las condiciones de desequilibrio orgánico necesarias al desarrollo de una enfermedad. La psicología del rebelde es muy intere-

sante, porque es más rica que la psicología de sus secuaces. El rebelde se caracteriza por su poder de prefiguración a la vez que por su capacidad de acción. En el poder de la prefiguración, el rebelde es niño. El niño que dice: "cuando sea grande quiero ser bombero" ,está manifestando que, como todos los niños, puede ser un revolucionario. La facultad de tomar las imágenes por realidades es el primer factor de la rebelión. Gracias a esta facultad, se crea, alrededor de una cierta doctrina, la fe en su eficacia, virtud y trascendencia. Sin esa fe, la doctrina es muerta, carece de penetración y seducción. Pero la fe que un hombre deposita en ella le da vida y acción. Además, este hombre seducido por una doctrina, es activo, no sólo especulativo. No es que siempre, ni aún las más de las veces, tenga dotes de organizador, conductor, creador; de ninguna manera. Puede ser un demagogo, un simple animador. Pero su potencial nervioso es elevado. Su fe se traduce en expresión, y su poder de expresión —en palabras o en hechos— lo libera y seduce a sí mismo, lo lleva al fanatismo.

La clientela del rebelde es doble. La juventud en primer lugar. Una de las características de toda revolución es que prende en los jóvenes. En los muy jóvenes el poder de prefiguración está intacto. Fácilmente una idea, un esquema, una actitud, los convence y arrastra. Pero, además, los jóvenes sufren de inadaptación. Sus afectos no están organizados, ni jerarquizados; no hay responsabilidad en ellos; fácilmente el marco de sus deberes les aparece impuesto, estrecho, extraño y arbitrario. Los jóvenes se enamoran de las grandes ideas abstractas, al mismo tiempo que buscan novia. En ésta encuentran amor, es decir, a un tiempo, expansión y continencia afectiva, libertad y fidelidad. En aquéllas, el joven busca un ambiente propicio para su mal diferenciada actividad. Entre todos los posibles que abren los días, ellos buscan una razón de preferencia, una idea directriz, a la vez universal y propia, bastante a todo y exclusiva de todo.

A estos reclutas se une en las revoluciones un ejército que forma como un contrapeso. Son aquéllos para quienes

una ruptura con el pasado es favorable. No digo sólo favorable prácticamente, que también son muchos, pero íntimamente. Son los inquietos, descontentos, ambiciosos, las almas de sabor amargo, cuyas aspiraciones insatisfechas se doblan sobre sí mismas y forman en el espíritu zonas de fermentación sin luz ni aire. Estos buscan en las grandes y vagas ideas una forma de alzarse, de resolver la inquietud poniendo la conducta a remolque de las aspiraciones; solución unilateral de un problema de fondo religioso. La concordancia de las aspiraciones y de los actos no tiene solución unilateral, ni en favor de las aspiraciones ni en favor del deber. La simple aceptación del deber es virtuosa; pero cuando sacrifica las aspiraciones, es cobarde, rutinaria. La paz interior, la alegría, son el resultado de una victoria. Esta victoria, en el santo, es la victoria del amor de Cristo. Cristo ni es amado porque sea perfecto, ni es sólo el espejo del deber. Es amado porque es Dios y Dios personal. Este amor personal es fuente de inspiración que señala y crea el deber universal del santo, que es la caridad. He aquí, pues, un tipo de solución de este problema de la inquietud que los cristianos conocemos de cerca. En el plano de la intimidad pura, que bien podríamos llamar de la religión natural, la solución de este problema consiste en una moderación de los deseos y un realce correlativo de la capacidad de acción y sacrificio. Esta es orientación de una solución integral del problema, aparentemente inaccesible, al margen de una disciplina religiosa. En todo caso, las soluciones unilaterales son falsas, el sacrificio anticipado de las aspiraciones al deber es el burguesismo, que se reconoce en sus peligrosos frutos de ansiedad.

A través de sus adeptos, de los rasgos que los distinguen, puede apreciarse mejor lo que es una revolución. Una revolución es una fe que anhela romper con el pasado. He aquí los dos factores. Como fe, la revolución es factor evolutivo; pero como ruptura con el pasado, la revolución es un fenómeno regresivo. Y, como sin ruptura con el pasado no hay revolución, resulta que el factor revolucionario específico es regresivo. La tragedia del fenómeno revolucionario

consiste en que estos factores tienden a disociarse, con el resultado de que predomina el último. Este fenómeno se debe al punto de partida íntimo de la actitud revolucionaria. Esta actitud que todo lo sacrifica a las aspiraciones, por amplias y elevadas que sean, es su esencia antisocial. La magnitud del objeto de nuestras aspiraciones no tiene relación alguna esencial con el grado de generosidad y desinterés de nuestra disposición de ánimo. El ánimo generoso se traduce en servicio y olvido de sí. El objeto de la generosidad es necesariamente próximo. La afección colocada en objetos abstractos y lejanos es síntoma de distanciamiento, de ensimismamiento, de falta de aptitud a la integración social y a la simpatía. Todo verdadero revolucionario es, en el fondo, un solitario. Por eso, en todo revolucionario hay un tirano en potencia, como hay un reaccionario en potencia en todo burgués.

Ninguna verdadera religión fue revolucionaria, como se ha repetido del cristianismo, parodiando a San Agustín, no sin cierta ligereza y contumacia. El cristianismo no es más revolucionario que el vapor o la electricidad. Si, a través de su reforma íntima, trajo una gran revolución social, fue exactamente por vía tan indirecta como la de los inventos modernos que revolucionaron el trabajo y la vida social. Religión del alma por su unión a Dios. La religión es conformista en lo externo, justamente porque es imperativa en lo íntimo. Todo movimiento revolucionario, desde el punto de vista religioso, es una herejía, porque introduce indebidamente una condición externa cualquiera en el mundo interior donde dialoga la persona individual con la Suprema Persona. No puede decirse lo mismo de todo movimiento reaccionario, aún sea violento. Pues la revolución se otorga su propia dogmática, en tanto que la reacción restaura o adapta una dogmática destituida. El fenómeno psicológico colectivo que hoy se llama una revolución, antiguamente se llamaba una herejía. El elemento sagrado que el orden social tenía antiguamente lo expresamos hoy día, cuando a un orden determinado lo llamamos un régimen. Hoy día la abolición de un régimen la llamamos una revolución y la

restauración de un régimen, una reacción. Nuestras actuales revoluciones en lenguaje antiguo se llamaban herejías, como lo fueron las de los albigenses, hussitas y protestantes. El antiguo conformismo religioso está representado en el día por el conformismo institucional, privado, evidentemente, de su antigua suprema transcendencia.

Si tomamos, pues, ahora, la revolución como un movimiento de inconformismo institucional, vemos que el origen de ese movimiento es la acción de un grupo rebelde y que la revolución consiste en el contagio de esa rebeldía. Los rebeldes son desequilibrados afectivos, obsesos de grandes y vagas aspiraciones. La obsesión está patente en el ansia de la realización y el desequilibrio, en la dificultad, y aun imposibilidad, de esa misma realización. Todo programa revolucionario es utópico por definición. Un programa realizable sin un exceso de dificultades es un programa práctico, falto de todo nimbo seductor. El desequilibrio del rebelde consiste en suprimir imaginariamente el obstáculo. Este salto en el vacío, esta facultad de prefiguración de los resultados por encima de los medios de lograrlos, es la característica revolucionaria. Su manifestación típica es la apelación a la ayuda ajena. El rebelde, frente a su idea, compensa su propia capacidad realizadora con la aprobación y la determinación de los demás. La fe que lo anima se nutre de la fe que inspira. La seducción del rebelde proviene del resplandor con que brilla en él el objetivo que lo obsesiona. En su boca y en su alma todo es promesa y luz, porque no hay obstáculo. Lo que falta solamente es que la fe se extienda y crezca, a fin de que la idea advenga sin demora. La tibieza ajena es el verdadero obstáculo y la oposición ajena, el único imposible. Por eso la rebeldía baja directamente de la fe a la animosidad y al odio. El desequilibrio del alma rebelde se traduce en un egocentrismo de partido, hostil, irritable, fiero.

La acción revolucionaria tiene siempre plausibles motivos. Pero sería pueril juzgar de ella por lo que se propone y no por lo que es. La acción revolucionaria vale por lo que es: una empresa obsesiva de prefiguración. Una revolución es, pues, un fenómeno íntegramente psicológico. De aquí que

sus aportes reales carezcan de toda relación con sus motivos de origen. Lo que una revolución aporta es, ante todo, una dogmática. Entre el dogma y la aplicación está el escepticismo enemigo. El fondo de la acción revolucionaria es, pues, la lucha contra el enemigo. El único medio de realizar el objetivo de cuyos obstáculos se prescinde, es que nadie pueda oponerse a él. Esta estrategia de la prefiguración es de tal manera costosa y exigente, que rápidamente se transforma en el único fin de la acción revolucionaria. Una revolución, en su punto heroico, implica, pues, un distanciamiento máximo entre el objetivo propuesto y los medios adecuados para conseguirlo. La prefiguración revolucionaria olvida los motivos de origen para hacerse antisocial, belicosa e inhumana. Por eso, una revolución es invariablemente una catástrofe moral. Es probable que ella se traduzca posteriormente en determinadas ventajas, porque los motivos de origen se traslucen, poco a poco, entre los vapores del odio y tienden a realizarse prácticamente a través de los obstáculos ignorados por los revolucionarios. Pero este es un efecto secundario de conmoción. Su efecto primario es la victoria del fanatismo de los convencidos y el interés de su consolidación. El símbolo de esta victoria es el dogma integrado por las fórmulas eficaces de combate. El sentido y la aplicación de estas fórmulas pertenecen al vencedor. Este esoterismo violento equivale a un mentira, si por tal se entienden las verdades cargadas de reservas e intenciones. Es este el efecto más duradero y progresivo de una revolución. Los vencidos desaparecen; los odios se aplacan, pero las fórmulas subsisten y obstaculizan durante largo tiempo el fino trabajo de la reacción viva que decanta las locuras, desanima el crimen, adapta las palabras y restaura poco a poco la paz y los valores.

La revolución nazi no escapa a los caracteres genéricos de los fenómenos de su especie. Era bueno describir estos rasgos para comprender lo que su victoria significa para Europa. Los países vencidos o intimidados deben sufrir la expansión revolucionaria nazi, la intolerancia de su credo y la acción recalcitrante de su propaganda. El primer rasgo del

nuevo orden es que Europa ha de gustar el sabor de la mentira revolucionaria.

La revolución nazi participa de los caracteres genéricos de toda revolución, pero ello no disminuye la importancia de sus rasgos específicos. El caso de Hitler es uno de los casos de rebeldía más puros que registra la historia. Se le puede comparar al de Savonarola, porque los objetos de ambos son parecidamente vagos, vastos y aparentemente irrealizables. El Savonarola de la leyenda se ha rebelado contra la corrupción que reina en la ciudad. No puede tolerar el espectáculo del vicio que invade las familias y los templos y experimenta un ansia incontenible de reformar la Iglesia y el Estado. No cabe duda alguna de que tiene la razón sobrada, ni de que es un falso santo. No se le pueden dar los poderes que su acción requería y se le aplica la hoguera. Hitler, en cambio, ha obtenido esos poderes. Lo que obsesiona a Hitler es la humillación de la Alemania vencida. Esta humillación es profunda, evidentemente. Alemania ha luchado contra una coalición mundial. Ha infligido memorables derrotas a dos poderosas naciones y se ha encontrado a dos dedos de una victoria total sobre el universo. Bruscamente la guerra se ha perdido y el desastre es horrendo, es un abismo de miserable desilusión. Todos son vencedores de Alemania; todos, hasta los más chicos, se ceban en las reservas vivas del gran pueblo. Pero hay un hombre que se consuela de la derrota, negándola. Alemania no ha sido vencida, dice Hitler; ha sido traicionada. Hay, pues, que ubicar y desenmascarar a los traidores: judíos, capitalistas y, sobre todo, comunistas. Se trata de borrar la derrota, para lo cual basta que los alemanes arrojen el oprobio de su corazón y lo sustituyan por el antiguo orgullo nacional. Libre de comunistas y demócratas, Alemania se hará su camino, en consonancia con su capacidad de organización. Será suprimida la miseria, el hambre, el desaliento, con el concurso del acervo técnico más competente en el mundo. El nacional-socialismo es una panacea. Hitler y sus tenientes determinan apoderarse del gobierno en Munich. El complot de la cervecería es juz-

gado digno de la pena de ocho meses de cárcel. Esta condena es la hoguera del nuevo Savonarola.

En un caso y otro el ambiente es muy diferente, sin embargo. Pues, si los florentinos de Savonarola no manifiestan un excesivo entusiasmo por ser corregidos de sus vicios y conducidos al cielo, los alemanes de Hitler, en cambio, están listos para negar la derrota y preparar la revancha. A favor de la propaganda democrática, los ex-soldados, los jóvenes y los niños se alucinan con un porvenir de honor, rango y consideración nacional. El orgullo germánico nacional y racial es el contenido explosivo de la nueva fe. Bajo la camisa parda del excombatiente reaparecen las antiguas emociones patrióticas que hacían delirar a las muchedumbres berlinesas en las paradas de la era kaiseriana.

Este orgullo alemán está compuesto de motivos seculares, que se han fusionado solamente a fines del pasado siglo en un complejo muy popular de superioridad. La raza alemana ocupa el centro de Europa. Es, entre las razas europeas, la más numerosa y prolífica. Las tribus germánicas forzaron las fronteras romanas y fundaron varios poderosos reinos más allá de la Alemania. La corona imperial reside en Alemania durante muchos siglos. Varios príncipes alemanes estuvieron cerca de someter toda la Europa al Sacro Romano Imperio. La Reforma arruina por siglos estos sueños de dominación universal. Pero subsiste en la historia y en la leyenda el recuerdo de algunos soberanos tan poderosos y afortunados como Barbarroja.

La debilidad política en que Alemania estuvo sumida por tanto tiempo tiene su compensación. En Alemania hay muchos Estados y capitales. Algunos de ellos son ricos y la cultura de la nación, en general, se ha beneficiado, desde antiguo, con esta multiplicidad. Ya en el siglo XV, Alemania rivaliza con Francia e Italia en todas las manifestaciones de la civilización y del arte. Más aún, la cultura alemana adquiere una peculiar variedad, una riqueza pintoresca que la hace, en cierto modo, universal. Está mucho menos inficionada que otras naciones del particularismo nacional. Propiamente, Alemania, más que una nación, es un

mundo. Erasmo, como después Goethe, son las personalidades más vastas que haya producido Europa.

Además, la Reforma ofrece a Alemania un camino imprevisto. Ese movimiento fanático destruye en Alemania la unidad política y espiritual y, en mucha parte, el acervo cultural de la Edad Media. La reestructuración del pensamiento alemán tiene su origen en un verdadero caos. Los metafísicos de los siglos XVII y XVIII toman las cosas desde el principio. La escuela alemana se caracteriza por su independencia revolucionaria y por su confianza creadora. Kant y su escuela son verdaderos oráculos; en sus oscuros raciocinios, generaciones de estudiantes espían el sentido de la nueva revelación. La cátedra es el trono de la grande Alemania, es decir, de la nación que aporta al mundo una conciencia de sí misma enteramente independiente de la tradición escolástica que domina en toda Europa.

Prusia es en Alemania el país donde van a resumirse las peculiaridades a favor de las circunstancias nacionales. La monarquía prusiana es la última y será la primera de Europa. No tiene viejos títulos ni pesadas vanidades, pero sí un sentido admirablemente práctico del poder y de sus condiciones. A la vez que economiza dinero, se granjea buena renta y adiestra soldados excelentes para usarlos con seguro tino. Nada de empresas arriesgadas, como la de Carlos XII; pero sí empresas fructuosas, livianas de escrúpulos, aunque reciamente apoyadas en la mejor infantería. El gran Federico es el héroe de este espíritu. La crisis napoleónica es una tormenta rápida; Blücher, entre los jefes aliados que ocupan a París es tal vez el primero. Sobre todo, la monarquía prusiana es la más experta en el arte de acrecer, porque tiene, más que otra alguna, la conciencia clara de sus apetitos y sabe usar con puntualidad el contundente argumento de sus granaderos. La política de Bismark es una maravilla. El Congreso de Berlín es la consagración de Alemania como la primera potencia europea.

En la Alemania de von Benhardi todos estos elementos del pasado nacional se fusionan en un solo complejo de superioridad. La más vieja, legendaria y romántica de las na-

ciones europeas es a la vez la más poderosa, la más avanzada en la ciencia y en la técnica y, todavía, la más próspera y feliz. Hay una causa de todos estos resultados: no los ha producido el azar, sino la sangre. Hay una técnica para conseguirlos: es la técnica prusiana de la guerra victoriosa. Guillermo II era, pues, un real peligro para Europa, en 1914. Pero Hitler lo es mucho más aún, porque el germanismo es el fondo de la iluminada fe nazista y el objetivo final de una revolución en que el obstáculo ignorado por el fanatismo es la personalidad independiente de los demás pueblos.

La expansión revolucionaria nazi implica, pues, en primer lugar, el predominio militar berlinés. Ese predominio deberá extenderse a proporción de los enemigos que suscite, sin más límites que el alcance eficaz de las panzerdivisionen. Ahora bien, la técnica alemana conoce exactamente las condiciones de esta eficacia. Esencialmente, esas condiciones son del orden económico amplio. El imperialismo alemán se funda técnicamente en una superioridad de fabricación, para la cual Alemania se encuentra en un estado de avance formidable. Ya, antes de la guerra, casi todo el centro oriente europeo había sido colonizado industrialmente por el Reich. La forma de esta colonización es el suministro de artículos manufacturados contra la entrega de materias primas o productos agrícolas. La ventaja única y última que produce este sistema, es el monopolio de la técnica de fabricación, fundamento económico del poder. El inconveniente es el peligro de envilecimiento en el pago del trabajo técnico. De más está decir que la precisión de la política alemana de expansión y peligro económico está por encima de todos los elogios. Pero no deja de ser triste ver al gobierno de Vichy preconizar la vuelta de los franceses a la tierra, mientras se encuentra ocupada por los alemanes la parte industrial de Francia. Si el germanismo se traduce en la pastorilización de Europa en favor de la técnica alemana de fabricación, ¿quien podrá prever los resultados?... Esta disociación del martillo y la hoz, este modus vivendi que establece una subordinación de los pastores europeos a los mineros alemanes es el aporte original del nuevo orden germánico.



Pero el germanismo no envuelve solamente un régimen económico sustancialmente favorable a los alemanes. Lleva consigo, además, una cierta concepción de la vida y del mundo, muy características de Alemania y que llamaremos materialista. Alemania ha sido siempre un poco materialista. Se ha dicho de ese gran pueblo que el cristianismo no lo ha penetrado nunca con profundidad, que Alemania no produce santos, que es la cuna del protestantismo y de la ideología libre. Hay, sin embargo, que hacer justicia a Alemania. Ella misma se ha encargado de hacérsela, sin mayores escrúpulos de imparcialidad. Alemania siempre ha creído en su propia virtud. Acerca de este punto, los alemanes se complacen en aportar pruebas estadísticas. Y esta virtud estadística, patente en una serie de índices de alta significación social, los alemanes pretenden debérsela a sí mismos, y no a ningún credo que les sea común con los otros pueblos. En particular, los conservadores entre ellos creen que deben gran parte de su superioridad moral al protestantismo luterano, y este argumento excita la envidia del protestantismo anglo-americano, que mira hacia Berlín —no habiendo guerra— con ojos de convencida reverencia.

La verdad es que Alemania es un país próspero. No lo ha sido siempre, y a esto se debe que los alemanes se crean pobres, como lo eran antiguamente los prusianos. Creen aún que su suelo es de arena y que deben a su industria, ingenio, esfuerzo y disciplina, la enormidad de su producción. Tengo para mí que la deben principalmente a las zonas ricas del gran país, que son las más. A sus minas poderosas deben, como Inglaterra y los Estados Unidos, su alta expansión industrial. Como centro fabril, están inmejorablemente situados y admirablemente servidos por las condiciones naturales de sus comunicaciones. Alemania es muy rica en varios aspectos esenciales a la vez; lo que le falta es nada en relación con lo que tiene. Y las estadísticas sociales traducen de preferencia este género de superioridad. La actividad en Alemania es profunda, concentrada; a la vez, exigente y promisoras. La técnica y disciplina son condiciones,

pero también poderosos incentivos de bienestar en la industriosa colmena.

Esta influencia del medio sobre el hombre es una tesis bastante insípida; pero no debe olvidarse, a fin de evitar el extravío, cuando se pretende percibir los rasgos específicos de la cultura de un pueblo. Estos rasgos siempre llevan un colorido local, pero, a la vez, nos interesan solamente por sus aportes universales. Que el ascetismo es hijo del desierto y el materialismo, de una pródiga naturaleza, es cierto, en gran parte. No se concibe fácilmente a los cenobitas buscando la soledad entre las floridas colinas del Palatinado, pero ¿por qué en este siglo la orden benedictina prospera en los Estados Unidos mucho más que en parte alguna?... Es que el microcosmo humano es no menos variado y estable que la superficie del globo. La influencia del medio sobre el habitante se traduce en cuotas estadísticas; nunca hubo en Alemania tantos caballeros andantes como ambulantes por la estepa castellana; pero tampoco hubo un autor en Alemania que se burlara de ellos en forma tan cruel, como Cervantes. Cuando hablamos del materialismo alemán no nos interesa medir en cifras el favor de que goza en Alemania, sino tan sólo su intrínseco desarrollo, su valor relativo dentro de la cultura alemana.

Ese valor es muy alto, principalmente porque carece de contrapeso. Los alemanes no son materialistas por oposición al espiritualismo, como sucede en los países católicos. No hay dos escuelas en Alemania, como entre nosotros. Hay una escuela de pensamiento en que Alemania se reconoce; y esa escuela, surgida de la Reforma, es analítica y determinista. El idealismo kantiano es la locura del análisis, quiero decir, es un análisis sin límites, por no decir, sin escrúpulos. La diferencia de la escuela alemana con la escuela cartesiana es una diferencia inicial, más que final, una diferencia de actitud, más que de resultados. La duda metódica de Descartes empieza con una salvedad: la certidumbre en Dios, cuando llega como la última etapa del raciocinio. De este modo, la escuela cartesiana dá origen al dualismo espíritu-materia, que puede considerarse como la base de un

pensamiento integral, en el sentido de que pone los dos polos de un criterio metafísico completo y realista.

En cambio, el pensamiento alemán parte de la observación y es integralmente analítico. El primer descubrimiento de la filosofía alemana es el yo, y el país, hace un siglo, es rabiosamente romántico. La metafísica alemana se disuelve en el panteísmo. El espíritu de análisis, convencido de importancia "trascendental", se convierte en un método: es el racionalismo. Este método es el credo de la erudición, de la ciencia y de la técnica. Pero no se presta para resolver los problemas íntimos ni aún sociales del hombre. El espíritu analítico aplicado a estos problemas, determina el materialismo de tipo biológico, que es hoy día la tendencia más poderosa en Alemania y el aporte espiritual del nuevo orden.

Este materialismo nos interesa más como actitud de espíritu que como doctrina. Como tal actitud, es la extensión a todos los fenómenos humanos de un criterio formado en la observación biológica. Es indudable que la observación biológica es insuficiente para fecundar el conocimiento de la psicología y, sobre todo, de la moral. Los esfuerzos de una metafísica de tipo biológico para cimentar el conocimiento del espíritu han culminado en la escuela psicoanalítica, hoy agotada. En materia social, el materialismo biológico no ha resultado enteramente infecundo, puesto que ha permitido a Alemania superar fácilmente al materialismo marxista, que no es de tipo biológico sino simplemente mecánico, es decir, mucho más primitivo. Pero, en materia moral, el materialismo biológico alemán se revela hasta ahora regresivo.

Por eso ahora este materialismo, que propagan en Europa las armas alemanas, nos interesa como doctrina o, más bien, como dogma. El consiste sustancialmente en juzgar de la moralidad por la salud, y de la virtud por la exuberancia vital. En el plano individual, este dogma es falso, puesto que va contra la íntima evidencia. Pero, en el plano social, es seductor, puesto que, si se juzga de una colectividad con criterio puramente biológico, se puede pensar que las des-

armonías individuales no son más que fluctuaciones de la gran ley. He aquí, pues, que la nación romántica del pasado siglo, donde los imberbes Werteres se daban la muerte por pura elegancia, amenaza ahora a Europa con un interesante criterio animalesco de los valores humanos. El movimiento de la "Fuerza por la Alegría". es apenas menos triste que su recíproca. El dogma de la pureza racial, la eliminación judía, la ley eugenésica, la divinización de la guerra alemana, la nacionalización de Dios, son variaciones del mismo tema. Del panteísmo al colectivismo biológico no hay más que un desplazamiento de objeto, pero un claro paralelismo de actitud mental: un abuso de análisis, una carencia imaginativa, una pesadez de percepción, que encadena el pensamiento, si no al rigor de las palabras, al menos a la tiranía de las imágenes habituales. El materialismo nuestro es aún más falso, más abstracto, más formalista que el materialismo germánico. Nos lleva a la negación, a la incapacidad de observación y, por el contraste, a un espiritualismo formalista y un tanto acartonado. Pero, en cambio, nuestra cultura es dualista, no se concibe sin sus dos polos opuestos. El materialismo alemán es monista —con perdón de Leibnitz—. Se inspira íntegramente en las imágenes biológicas y no logra salir de ellas. Les pide lo que no pueden dar y nos da una concepción de la vida donde falta mucho de lo que más importa y donde vienen groseros sustitutos de los problemas eternos.

Cuando entraban a París las tropas alemanas, fatigadas, circunspectas, ordenadas, esos jóvenes tripulantes de los tanques, radiantes de juventud, de belleza y de marcial orgullo, no podían dudar de que traían consigo, ante el enemigo deshecho, la ley del Fuhrer con todo lo que representa. Pero, tras de alguna de las buhardillas cerradas, situadas en el camino del desfile, se encontraba cierto octogenario, Moisés de un nuevo individualismo, que, resumiendo las poderosas meditaciones de su vida entera, escribía poco antes para el mundo: "El porvenir dirá si la humanidad deberá seguir viviendo solamente o si será capaz de proporcionar el suplemento de esfuerzo necesario para que se realice la

ley esencial del universo, que es una máquina para fabricar dioses". Sí; el orden nuevo es el desafío del rubio Wotan al genio de Europa y, efectivamente, el porvenir dirá de cuál de los dos lados se encuentran los dioses verdaderos y los caducos ídolos.

Ricardo Cox Balmaceda.

